

MORENO CASTILLO, R. (2016) *La conjura de los ignorantes. De cómo los pedagogos han destruido la enseñanza*. Madrid, Pasos Perdidos.

Existe un precioso proverbio oriental que afirma cómo siempre es provechoso abrir cualquier libro. Sobre todo, hemos de suponer, si se tiene la actitud adecuada. De esta forma se comprende mejor por qué el reciente libro del profesor Ricardo Moreno, lleno de insultos y desmerecimientos hacia los pedagogos a lo largo y ancho de sus casi doscientas páginas, merece ocupar estas líneas.

Estructurado en veinte capítulos, el libro expone y desmenuza una serie de textos redactados por distintas personas vinculadas a la educación. Todo ello con la intención de demostrar la vacuidad y necedad de las premisas que sostienen la pedagogía y sepultar, por enésima vez, el trillado espíritu de la LOGSE. Álvaro Marchesi, José Gimeno Sacristán o Miguel Ángel Santos Guerra son algunos de los nombres cuyas ideas se caricaturizan hasta el ridículo por una pluma que, pese a estar afilada, termina por ser cansinamente soez y repetitiva.

De esta forma, diversos sociólogos, psicólogos, psicopedagogos, profesores y académicos, entre otros, son igualmente encasillados sin mayor justificación que la defensa de sus ideas –claramente contrarias a las del autor– dentro de una pedagogía reducida a simple jerga pseudocientífica, cercana al chamanismo y la charlatanería, propia de necios y mentecatos: «Nadie se convierte en un buen docente haciendo cursillos ni leyendo libros de

pedagogía», asevera tanto en la introducción como cerca del final de la obra.

El autor nos previene sobre el comprensible malentendido de tomar sus páginas como si de un libro de risa se tratara, pues considera que los textos recogidos son tan extravagantes y disparatados que se convierten en parodias de sí mismos. Ciertamente es difícil no caer en dicho error pues, se mire por donde se mire y en función de si se ama o se odia la pedagogía, el texto rezuma una mezcla de ironía y tono satírico que nos incitará a tomar partido a la hora de sonreír: bien sea como cómplice de la burla o condescendiente –que no resignado– receptor de la misma. Avisado queda el lector, por tanto, si desea adentrarse en unas páginas que, con el humor como excusa, irónicamente muestran muy poca educación. Finalmente, una tercera opción se abre ante nosotros: la del pedagogo que a sabiendas de la sesgada interpretación del autor, y pudiendo coincidir o no con los compañeros atacados, no reconoce sus quehaceres bajo el criterio de pedagogía adoptado.

Pero no todo son muecas. Para alguien que crea en los beneficios de la pedagogía será difícil quedar impasible al leer afirmaciones como: «A veces los profesores aprobamos a un alumno porque, si total no va a dar más de sí, por lo menos que titule, y de paso lo perdemos de vista, lo cual es muy gratificante cuando el alumno impide dar las clases», o «Cuando llevas cierto tiempo en un instituto, siempre terminas sabiendo quién es mejor o peor profesor [...] También terminas sabiendo quiénes son más aficionados a cursillos pedagógicos y quiénes no.

*Y no hay mejores profesores entre los primeros ni peores entre los segundos».*

Estas y otras categóricas afirmaciones, propias del fanatismo que testarudamente pretende el autor asociar a los pedagogos, son las que hacen que las ideas y los argumentos que subyacen a tanto desprecio pedagógico queden empantanadas en el vano desprecio. Los ataques e insultos son útiles a la hora de despertar polémica y vender ejemplares, sin duda, pero también difícilmente conciliables con el debate y respeto sosegado que toda ciencia requiere. Además, es ciertamente paradójico que alguien que acusa a la pedagogía de defender sus ideas sin querer cotejar los hechos con la realidad, como exige el método científico, se aventure a intentar sentar cátedra sobre aspectos que aborrece y desconoce, tal y como él afirma, quedando atrincherado en su propia barricada. Sus creencias implícitas, disfrazadas de teoría, convierten al autor en un irreverente octavo sabio del ámbito educativo. En este sentido secuestro y hago mías las palabras del compañero Enric Prats cuando, al tratar sobre las *pedagogías amarillas* en una de sus últimas obras *–Teorizando en educación*. 2015, UOC–, así como de la *opinionitis* que en ocasiones se cierne sobre la Teoría de la Educación, acierta al señalar que:

Curioso es que tales opinadores no se escapan, también ellos (suelen ser hombres), de un anhelo insistente por teorizar, dogmatizar y sentar cátedra sobre la educación, no en un sentido meramente descriptivo y crítico, que sería encomiable, sino con un afán normativo desaforado. Quizás la pedagogía se ha ganado a pulso esta condena, pero no estaría de más algo de rigor y conocimiento del terreno.

Los maniqueos postulados expuestos –estás conmigo, que soy la cultura encarnada, o estás contra mí– hacen que la obra discorra entre exageraciones y desvaríos. No obstante, como ya se ha sugerido, entre sus páginas pueden encontrarse temas de interés para todo pedagogo (autoridad, disciplina, esfuerzo, cultura, calidad educativa, límites e impacto pedagógico, etc.) que sin duda nos animan a reflexionar sobre la jerarquía de contenidos, destrezas y valores que todo acto educativo, y no simplemente el instructivo, ha de presentar. Siempre es provechoso abrir cualquier libro, en efecto, incluso aquel que subtitulándose *De cómo los pedagogos han destruido la enseñanza* ignora y vilipendia las virtudes que tiene reconstruirla desde el aprendizaje.

José Luis González Geraldo